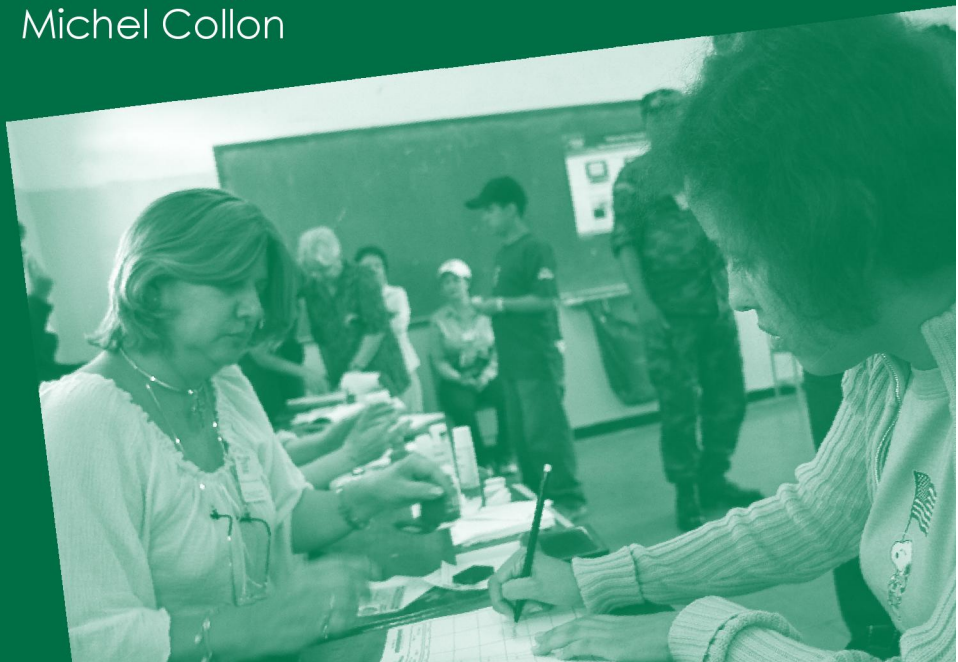


Las Elecciones democráticas del 4-D, otra víctima de la propaganda de guerra

Romain Migus
Michel Collon



Las elecciones democráticas del 4-D,
otra víctima de la propaganda de guerra

Las elecciones democráticas del 4-D, otra víctima de la propaganda de guerra

Colección Temas de Hoy

www.mci.gob.ve
publicaciones@mci.gov.ve

© Ministerio de Comunicación e Información

Av. Universidad, Esq. El Chorro, Torre Ministerial, Pisos 9 y 10.
Caracas. Venezuela.

2006, año Bicentenario del Juramento del Generalísimo Francisco de Miranda y de la Participación Protagónica y del Poder Popular

DIRECTORIO

Ministro de Comunicación e Información

Yuri Pimentel

Viceministro de Estrategia Comunicacional

Mauricio Rodríguez

Viceministra de Gestión Comunicacional

Teresa Maniglia

Traducción

Cyntia Benoist

Marta Veiga Bautista

Dirección de Publicaciones

Gabriel González

Diseño gráfico

Juan Carlos Pérez Escaño

José Luis Díaz Jiménez

Corrección

Sol Miguez Bellan

Primera edición, febrero de 2006

Depósito Legal: If8712006320494

Impreso en la República Bolivariana de Venezuela

Sigue la ofensiva político-mediática

—Romain Migus—

Como lo planteó el periodista Michel Collon, “*cada guerra norteamericana ocurrida en los 50 últimos años, fue precedida de media-mentiras por parte de los medios, discretamente desmentidos después o no*”.¹ Esas media-mentiras se organizan en torno a cuatro temas: “1) *Personificar el enemigo*, 2) *hacer originar la guerra en el país víctima*, 3) *hacer creer que las motivaciones de la guerra son humanitarias*, 4) *propagar historias de atrocidades*”.²

Esa macabra estrategia está pasando en Venezuela desde la llegada al poder de Hugo Chávez. Desde 1998, esa propaganda de guerra ya se materializó en cada punto.

“Personificar el enemigo” fue bastante sencillo. El carisma del presidente venezolano, su facilidad para comunicar, y su estilo atípico atrajeron rápido la mirada de los medios de masa, que silenciaron el trabajo revolucionario de millones de venezolanos reunidos en comités populares para lograr el progreso de la democracia participativa en su país. El presidente fue tratado, sucesivamente de loco, populista y dictador tropical. Al fin y al cabo él es el enemigo.

Los distintos miembros de la administración estadounidense se esforzaron para encontrar en Venezuela y en el Sr. Hugo Chávez intenciones belicosas que pondrían en peligro no sólo a los países vecinos, sino también, y sobre todo, a la superpotencia militar estadounidense. Esa estrategia no es nueva para los servicios de comunicación estadounidenses. La pequeña y pobre Nicaragua sandinista ya fue, en su tiempo, una amenaza; así como el cuarto ejército del mundo, ese que fue derrotado en menos de 100 días en Mesopotamia. Cuba o Irán siguen representando un “peligro” para Estados Unidos y hasta para el “mundo libre”. Esos son sólo unos ejemplos.

El gobierno de Bush siguió haciendo pasar a Venezuela para un nuevo polvorín mundial para poder legitimarlo como un campo de batalla potencial. Así, Roger Noriega, subsecretario de Estado para América Latina, afirmaba el 2 de marzo de 2002, frente al subcomité para el hemisferio occidental del Comité de Relaciones Externas del Senado: “*Venezuela sigue siendo una causa de graves preocupaciones para nuestros aliados en América Latina*”. Su preocupación fue relevada por Condoleezza Rice, secretaria de Estado, durante un reciente viaje a América Latina. El día 24 de marzo de 2004, James Hill, antiguo comandante general de la Southern Command, presentaba un informe frente a la comisión de las Fuerzas Armadas del congreso americano, en el cual preveía incluir dentro de las amenazas tradicionales contra la nación, manejadas por Estados Unidos en América Latina (narcotráfico, terrorismo), la noción de “populismo radical”.³ No hace falta ser especialista para saber quién está en la mira, basta con echar un vistazo a los medios de comunicación masivos.

Sin ninguna prueba, acusaron a Chávez de financiar, armar a la guerrilla colombiana y de hospedar a terroristas de Al Qaeda. El periódico *US News and World Report*, cuyo dueño y jefe de redacción, Mortimer Zuckermann, es un invitado regular del “grupo de Bilderberg”⁴, había anunciado a sus lectores que “*el terrorismo estaba cerca de los Estados Unidos*”.⁵ ¿El culpable? Chávez, cuyo país es un refugio para Al Qaeda. En las columnas del periódico peruano *La República*, Mario Vargas Llosa, por su parte, acusó a Chávez de financiar y apoyar a los etnocaceristas peruanos.⁶ Esas mentiras, aunque no tienen pruebas que las apoyen, tienen como objetivo crear en la opinión pública un *laissez-faire** en caso de intervención militar. ¿Quién bajaría a la calle en Viena, Oslo, Katmandou o Bakou, para defender a un “régimen” conectado a las redes terroristas de Al Qaeda, o a unos secuestradores cuyas motivaciones quedan, sin embargo, desconocidas?

La única mancha en esta estrategia es el hecho de que Venezuela es uno de los Estados más democráticos del mundo y uno de los más sociales también. En lugar de enviar bombas sobre Washington, el gobierno bolivariano, quinto productor mundial de petróleo, a través

de las refinerías de su empresa Citgo⁷, ofrece a los estadounidenses más pobres de Chicago, Nueva York y de Massachusetts gasolina a tarifas ventajosas. En vez de atacar a sus vecinos, Venezuela, dentro del acuerdo llamado *Compromiso de Sandino*⁸, invitó a todos los pobres del continente (incluso a los que viven en Estados Unidos) a aprovechar una asistencia oftalmológica gratis. Las embajadas venezolanas vieron llegar a miles de personas cuyos gobiernos les habían dejado en la ceguera. Mientras que Venezuela hubiera podido aprovecharse de su superioridad militar para invadir pequeñas islas caribeñas, tal como Santa Lucía, San Vicente o las Granadinas, las integró, junto con otras once islas del Caribe, en el acuerdo petrolero Petrocaribe. Cada día 98 mil barriles, vendidos a una tarifa solidaria se van, desde los puertos venezolanos con destino a esos pequeños y pobres estados. A nivel continental, Venezuela impulsó Petrosur, una alianza energética creada por el gobierno bolivariano y sus homólogos brasileños, argentinos y uruguayos.

Frente a la diplomacia venezolana y a su preocupación de integración de América Latina, las llamadas de los miembros de la administración estadounidense y de los medios de comunicación, que la consideran como una fuente creíble de información, no tuvieron el impacto deseado para hacer ver a Venezuela como un vecino belicoso y amenazante.

Entonces, los enemigos del gobierno bolivariano volvieron a centrar su propaganda en las “razones humanitarias”. Para legitimar una acción militar internacional, la oposición venezolana y sus aliados de Washington recurrieron a varias técnicas mediáticas. La manipulación organizada durante el golpe de Estado de abril de 2002 es uno de los ejemplos. Los acontecimientos de puente Llaguno contribuyeron al cuarto punto de la propaganda de guerra: “*propagar historias de atrocidades*”.⁹ En el mismo sentido, a finales de febrero de 2004, los sectores más radicales de la oposición organizaron las famosas *guarimbas*. En complicidad con las policías municipales, grupos minoritarios construyeron cortes de ruta y organizaron manifestaciones violentas en los barrios de Caracas apoyando a la oposición. El objetivo aquí era implorar por una intervención internacional, aprovechando el

clima mediático generado por el reciente golpe de Estado llevado a cabo en Haití que destituyó a Jean Bertrand Aristide. Nunca la expresión “ahogarse en un vaso de agua” había tenido tanto sentido. Pero cuando todos los medios de comunicación del mundo están mirando hacia ese vaso de agua, la estabilidad de la mesa en la cual está puesto parece totalmente anodina. Igualmente, la proliferación mediática de las acusaciones sobre la ley de Responsabilidad Social en Radio y Televisión tenían el mismo objetivo: hacer pasar a Venezuela como un país en dictadura donde la libertad de prensa no es respetada. A pesar de que cuando se lee esa ley¹⁰, uno se da cuenta que no hay palabras bastante fuertes para calificar las medidas tiránicas del CSA francés o del FCC estadounidense.

¡A pesar de todo esto, Chávez y su gobierno persisten! Se quedan demasiado democráticos. Los autores del golpe de estado andan libres por las calles de Caracas, ningún periodista ha sido encarcelado, ni ningún medio cerrado. Los conspiradores alzan regularmente la cabeza, libres de continuar su proyecto de destrucción de la revolución bolivariana.

Lo que acaba de acontecer durante las elecciones legislativas, para el parlamento andino y para el parlamento latinoamericano, es la última técnica que tienen para mostrar la ilusión de una Venezuela dictatorial.

Desde el fracaso del referéndum la oposición conservadora venezolana ha acumulado derrotas electorales. El 31 de octubre de 2004, en las elecciones regionales, los partidarios del gobierno bolivariano festejaron la victoria de 20 gobernadores sobre 22 regiones y 270 alcaldes sobre 337 municipios. Un año después vinieron las elecciones legislativas, y otro cataclismo fue previsto para los partidos tradicionales que compartieron el poder durante 40 años.

Frente a este fracaso anunciado, los partidos de oposición venezolanos decidieron boicotear el proceso electoral. La misma estrategia fue utilizada durante las elecciones legislativas de 1984, en Nicaragua. Se trata de un verdadero intento de destruir la democracia venezolana. La consecuencia de este boicot era denunciar, después,

un poder sin representación de la oposición, o sea “antidemocrático” y, por desplazamiento semántico, totalitario.

Para legitimar esta estrategia algunos partidos de la oposición emitieron condiciones para participar a la elección soberana del Pueblo:

- 1) El abandono del sistema de captahuellas para el voto en las máquinas electrónicas.
- 2) La transparencia de las elecciones.
- 3) El abandono de las morochas.
- 4) Una recomposición del Consejo Nacional Electoral (CNE), órgano que vigila las elecciones.

Durante el voto en máquinas electrónicas, el captahuellas es una medida de seguridad para que el votante no pueda imprimir su voto más que una vez. Esa condición no molestó para nada a la oposición durante el referéndum revocatorio del 15 de agosto, ni tampoco durante las elecciones regionales y municipales de octubre de 2004. De pronto, el argumento utilizado para su supresión era que el captahuellas podía poner en peligro el secreto del voto. Después de un debate entre el CNE y esos partidos, el poder electoral decidió, el 29 de noviembre de 2005, aceptar este pedido de la oposición. Los observadores de la Unión Europea reconocerán, después de las elecciones, que esas máquinas que captan las huellas digitales no violan, de ninguna manera, el secreto del voto.

Hablando de la transparencia de las elecciones, el sistema venezolano fue sometido, durante el referéndum revocatorio, al control de múltiples observadores internacionales, tal como el Centro Carter y la Organización de los Estados Americanos (OEA). Esas organizaciones, que no pueden ser sospechosas de ser chavistas, decretaron la transparencia de la elección. Para evitar otras acusaciones de fraude, el gobierno aceptó para esas últimas elecciones la presencia de centenas de observadores mandados por la Unión Europea y la OEA. Como en el caso de las huellas digitales, la reivindicación de los partidos de oposición fue aplicada.

El sistema electoral venezolano funciona con el voto proporcional por un lado, y el voto nominal por el otro. Una parte de los elegibles se presentan en una lista y, según el resultado de su lista en su sector, enviarán un número de elegidos proporcional para llenar el 40% de la Asamblea. 60 por ciento que queda es elegido nominalmente. Supuestamente, este complejo sistema tiene que favorecer a las pequeñas organizaciones, cuyos candidatos son conocidos en su barrio por su acción política pero no se benefician siempre de la estructura de un partido. Los candidatos nominales a favor del gobierno se fusionaron dentro de la Unión de Vencedores Electoral (UVE), están enmorochadas, de ahí el nombre de “las morochas”, al Movimiento por la V República, partido del Presidente. Así, los candidatos de los partidos pro-gobierno se encuentran elegidos nominalmente sin ser descontados del voto proporcional. Este sistema que, en sí, valoriza las candidaturas individuales y las competencias del candidato, se traduce en la práctica por un crecimiento de los diputados de los partidos chavistas. Pero sigue existiendo, de un lado, la posibilidad que un candidato de un pequeño grupo político pueda ser elegido si tiene reconocimiento local. Por otro lado, el sistema proporcional sigue funcionando, permitiendo a partidos de todos lados enviar diputados a las asambleas. Eso no impidió a los partidos opositores al gobierno protestar contra el sistema, denunciando una maquinaria electoral, favoreciendo a los candidatos chavistas. El 27 de octubre de 2005, el Tribunal Supremo de Justicia, en el cual se había dejado la queja, tomó su decisión y declaró las morochas completamente legales.

La última presión de la oposición para tener participación en las elecciones legislativas era a propósito de la composición del CNE, que es considerado partidario del gobierno. Así que pidió una recomposición de este órgano electoral. Sin embargo, la *Constitución de la República bolivariana de Venezuela*, en su artículo 296 estipula que “los miembros del Consejo Nacional Electoral serán nombrados por la Asamblea Nacional por el voto de un mínimo de dos tercios de sus miembros”.¹¹ Asistimos, en este caso, a una imposibilidad tautológica que nos aclara sobre el verdadero objetivo del boicot. Rechazar su participación en las elecciones legislativas es como rechazar toda

posibilidad constitucional de cambiar la composición del CNE. Es presentar una consecuencia posible del resultado electoral como la causa prima de la participación en esta elección. Esta inconsecuencia lógica no merecería ni un segundo de atención, solo hacía parte de una estrategia desestabilizadora y golpista, puesta en marcha en Nicaragua por la administración estadounidense y reactivada en Venezuela.

La mayoría de los medios internacionales dio a entender las reivindicaciones de la oposición sin ninguna preocupación por explicarlas ni contextualizarlas. Para el lector o el auditor que no sabe nada del funcionamiento democrático de las instituciones venezolanas, tiene como consecuencia, por un lado, legitimar la decisión de los partidos de oposición a boicotear las elecciones y, por otro lado, echarle la culpa al gobierno bolivariano.

El 29 de noviembre de 2005, Acción Democrática, Copei (la hidra bicéfala que compartió el poder durante 40 años) y Proyecto Venezuela declararon oficialmente su intención de no participar en las elecciones del 4 de diciembre. Fueron unidos el primero de diciembre por el partido Primero Justicia y la organización política Nuevo Tiempo, el gobernador de la región del Zulia, callando un suspenso entretenido por ellos mismos, y relevado por los medios venezolanos. Partidos de oposición que no eran parte de esta conspiración, los socialdemócratas de Causa R y del Movimiento Al Socialismo (MAS) mantuvieron su candidatura.

El día antes de la elección, el pueblo mediático mundial enseñó una elección sin suspenso: “Chávez contra Chávez”. ¿Será esto tan cierto? El CNE indicaba durante la tarde del día 3 de octubre que dentro de los 5.516 candidatos inscritos, sólo 556 habían renunciado a su candidatura, o sea 10.8% de los candidatos. Asimismo, en las 446 organizaciones políticas que se presentaron para las elecciones (organizaciones locales, regionales, partidos nacionales), sólo seis habían decidido retirarse. Entonces, la elección del 4 de diciembre para la Asamblea Nacional, el Parlamento Andino y el Parlamento Latinoamericano ha sido la apuesta de una verdadera confrontación multiorganizacional. Este ejemplo basta para desechar las acusaciones de régimen dictatorial o de sistema político con partido único.

La estrategia de los partidos que decidieron boicotear la elección fue apostar por una fuerte abstención. Abstención, según ellos, que era un indicador del rechazo del sistema electoral venezolano. Entonces incitaron a los electores a no ir a votar. La “organización no gubernamental” Súmate¹², incitaba a sus partidarios a pasar el domingo rezando por “*la transparencia y la verdad*” (sic).

Los resultados de las elecciones del 4 de diciembre indican un maremoto de los partidos soportando el gobierno, pero también una fuerte abstención. Inmediatamente, los partidos que boicotearon el proceso electoral se atribuyeron los 74.7% de venezolanos que no habían ido a las urnas. Henry Ramos Allup, del partido Acción Democrática, atribuía la abstención a un “*voto de desconfianza contra el sistema electoral*”, mientras Julio Borges, del partido Primero Justicia y candidato declarado a las elecciones presidenciales de 2006 (sic), declaraba que los “*venezolanos se habían expresado masivamente con su silencio*”. Sin embargo, si es cierto que la tasa de abstención sigue muy elevada, conviene cuestionarse su sentido socio-político.

En Venezuela, la abstención en las elecciones de la Asamblea Nacional desde 1989 fue, sucesivamente, de 39.8% en 1993, 53.8% en 1995, 46.5% en 1998 y 44% en el 2000¹³. ¿Por eso tenemos que deducir que fue una adhesión masiva al boicot de la elección y al rechazo del sistema electoral? No es para nada seguro. Por un lado, porque gracias a una de las misiones sociales del gobierno bolivariano, la Misión Identidad¹⁴, 2.764.162 ciudadanos venezolanos mayores de edad fueron inscritos en los registros electorales. Esos olvidados de los precedentes gobiernos (19.1% del cuerpo electoral en 2005) contribuyeron a que se ampliara el número de electores. En valor absoluto, 3.661.501 ciudadanos venezolanos se desplazaron a las urnas el día 4 de diciembre, sólo para una elección legislativa.

Por otro lado, el voto nulo o blanco disminuyó masivamente si comparamos con el año 2000. (136.705 en 2005 contra 2.101.850 (!!)) en 2000). El año 2000 fue la apuesta de “Megaelecciones” en la cual todos los mandatos fueron puestos en juego, incluso el de Chávez, lo que había contribuido en la afluencia de los votos. Para la elección al

mandato ejecutivo, sólo 348.648 votos nulos o blancos fueron contabilizados, o sea, seis veces menos que para una elección legislativa que ocurría al mismo tiempo. Desde un punto de vista cuantitativo, nos informa de la desconfianza de los venezolanos en torno a esta institución. ¿Habrían desplazados igualmente si la elección presidencial no hubiera sido al mismo tiempo? La diferencia entre el número de votos nulos o blancos entre el voto para la presidencia y la Asamblea Nacional (que son 1.753.152 votantes, o sea 15% del cuerpo electoral) nos hace pensar que no. Para resumir, en la elección del 2000, 15% del cuerpo electoral se fue a las urnas, votó para la elección presidencial pero pusieron un boletín nulo o blanco en la urna de las elecciones legislativas, desinteresándose en esta elección. Si añadimos este voto de desconfianza (la abstención estando igual en las dos elecciones) al voto de abstención, encontramos un resultado bruto de 59% de abstención en las elecciones legislativas del 2000.

Además, cualitativamente, una gran mayoría de los partidarios del presidente Chávez atribuyen, con razón, la lentitud de ciertas reformas en los barrios a la pesada burocracia venezolana, la cual asimila a los elegidos. Por consecuencia, si esas mismas personas son capaces de levantarse a las 3 de la mañana y esperar hasta 12 horas para votar por su presidente, como se vio durante el referéndum de agosto de 2004, no están tan dispuestos a producir el mismo esfuerzo para otro tipo de elecciones.

La elección de los diputados a la Asamblea Nacional de 1995 no fue hecha con la elección presidencial. 3.148.132 ciudadanos expresaron su voto en un candidato, contra 3.524.796 en 2005, o sea hubo un crecimiento de 376.664 votos en valor absoluto.

A la luz de lo que acabamos de ver, la abstención, aunque muy importante, se tiene que relativizar. El voto para los diputados de la Asamblea Nacional anima poco a la población. La fuerte abstención ante este tipo de elecciones hasta puede ser considerada como una variable sociológica. Hablar de crisis política mayor en Venezuela, o de "*terremoto político*", como hizo Gerardo Blyde del partido Primero Justicia, está muy fuera de lugar.

Resulta interesante aquí comparar los resultados de la abstención durante las elecciones legislativas venezolanas con las de las elecciones al Congreso estadounidense. Cuando las elecciones al Congreso eran separadas de la elección presidencial, como pasó hace poco tiempo en Venezuela, la tasa de abstención fue de 63.85% en 1994, 67.9% en 1998 y 65.84% en 2002. Ningún medio internacional hizo el eco de una tendencia autoritaria del sistema a pesar de la abstención y un sistema electoral bipartido donde hay tanto suspenso como para las últimas elecciones venezolanas.

Sin embargo, la fuerte tasa de abstención llevó a Henry Ramos Allup a decir que esta elección era *“legal pero ilegítima”* porque *“no representa al pueblo venezolano”*. El portavoz de Acción Democrática tiene poca memoria, él fue elegido a la Asamblea Nacional en el año 2000 a la proporcional con 37.308 votos, o sea 7.27% de los votos del Distrito Federal (el centro y el oeste de la capital Caracas)¹⁵. ¿Él era acaso un representante del pueblo de Caracas en su conjunto? Y qué decir de su compadre Julio Borges, quien también decidió boicotear las elecciones. Él también proporcionó una profusión de análisis políticos, la noche de los resultados, para terminar afirmando que esta elección no era legítima. Fue elegido, en el año 2000, diputado en las listas nominales de la tercera circunscripción del estado Miranda con 17.87% de los votos¹⁶.

Queremos recordar, también, que durante las elecciones de 1998, del Congreso venezolano, Acción Democrática fue el partido mayoritario en esta institución con 1.235.473 votos, o sea, 11.24% del cuerpo electoral venezolano. Para comparar, el MVR gana a las últimas elecciones legislativas 114 de los 167 escaños de la asamblea en un voto en el cual se expresaron 3.661.501 ciudadanos venezolanos.

Como se lo acabamos de explicar, no hay una desconfianza masiva de los venezolanos en torno al sistema electoral, ni tampoco un rechazo a la política del gobierno. Sin embargo, la tasa de abstención, aunque siempre fuera muy alta, sigue siendo preocupante. ¿Por qué cuando la mayoría de los venezolanos se benefician cada día de la Revolución bolivariana (médicos, escuelas, universidad, supermercados del Estado, etc.) no fueron a votar?

La fuerte abstención regular de las legislativas nos da a entender que los venezolanos no comprenden muy bien el interés estratégico de esta cámara. Pero, de manera más amplia, un verdadero descontento de la base se expresó en las elecciones del 4 de diciembre. Los diputados son vistos como un obstáculo para la propagación del verdadero poder popular, donde el Pueblo, organizado en comités de salud, de educación, Unidades de Batalla Endógena, comités de tierras urbanas, mesas técnicas del agua o de la energía, tomará en sus manos su destino y hará progresar la democracia participativa y el “*Socialismo del siglo XXI*”.

Este punto también hace parte de la estrategia de la oposición de boicotear las urnas, para quitar su legitimidad a las instituciones representativas venezolanas, y dar a ver la revolución bolivariana como un “régimen” que calla a sus oponentes como a su base propia.

La Asamblea Nacional que fue elegida tiene en sus manos una oportunidad histórica extraordinaria. En efecto, puede abrir espacios de poder reales para integrar más y más organizaciones populares en el ámbito de la decisión política. Si no aprovecha esta oportunidad y se vuelve una sencilla cámara de grabación, entonces la estrategia de la oposición y de sus aliados de Washington habrá tenido éxito. Frente a una radicalización de la base y a los ataques constantes de la oposición conspiradora, el gobierno y el ejecutivo, si no deciden en favor del poder popular podrían, finalmente, servir a las intenciones belicosas de la administración estadounidense.

Esas elecciones representan entonces un nuevo paso en el proceso revolucionario venezolano. El país tiene que enfrentarse, una vez más, a la propaganda de guerra tal como la hemos expuesto al inicio de este artículo, y que apunta en hacer ver Venezuela como un país en dictadura. La matriz de opinión según la cual el gobierno detiene la totalidad de la asamblea con sólo 25% del electorado, además del hecho de que los diputados pueden modificar la *Constitución* para permitir al Presidente presentarse como candidato una tercera vez consecutiva en 2012, ha sido destacada por los medios internacionales. En este punto, el artículo 230 de la *Constitución*, estipula que “*el Presidente o Presidenta de la República puede ser reelegido(a), de forma conti-*

nua, una sola vez, para una temporada adicional”. Si Chávez es reelegido en 2006, su mandato terminará obligatoriamente en 2012. Sin embargo, el artículo 343, en su aspecto 5, especifica que una reforma constitucional es posible a lo largo de un proceso que deberá ratificar al mínimo el 66% de los diputados. Lo que abre una posibilidad a los diputados de modificar el artículo 230. Nada indica, ni nadie estipula que será esa la estrategia adoptada para las elecciones del año 2012. Pero los medios de masa, como verdaderos Nostradamus, predijeron esos últimos días el porvenir político de Venezuela.

Era este el efecto buscado con el boicot. Dar la imagen de un régimen totalitario para preparar la opinión a favor de todo tipo de injerencia y toda clase de intervención “humanitaria”.

NOTAS

1. Michel Collon, *Monopoly. L'OTAN a la conquête du monde*, Bruxelles, EPO, 2000.

2. Ibid.

3. http://www.defenselink.mil/news/Mar2004/n03312004_200403317.html

4. Creado en 1954 con la ayuda de la CIA para luchar contra la amenaza comunista, el grupo llamado de Bilderberg reúne a jefes de empresas, intelectuales, políticos, periodistas, jefes de prensa y militares. Constituye, con el Forum de Davos y la comisión trilateral, la antecámara de las medidas económicas aplicadas enseguida por el FMI, el G8 o la OMC.

5. Linda Robinson, "Terror close to home", *US News and World Report*, 6 de octubre de 2003.

6. *La República*, 21 de enero de 2005.

7. Filial de la empresa petrolera nacional PDVSA. CITGO posee ocho refinerías y 14.000 estaciones de gasolina en el territorio estadounidense.

8. El día 21 de agosto de 2005, Cuba y Venezuela anunciaron la extensión de la Misión Milagro que ofrece tratamientos oftalmológicos gratis a los venezolanos para todo el continente. Anunciado durante el programa dominical *Aló Presidente*, en directo desde la ciudad de Sandino, en Cuba, este acuerdo tomó el nombre de *Compromiso de Sandino*.

9. Un montaje mediático acusando al presidente Chávez de masacrar a los manifestantes "pacíficos" fue la piedra angular de las jornadas de abril de 2002. Tal como la "masacre" de Racak en la región yugoslava del Kosovo, esta manipulación tenía el objetivo de legitimar el golpe de Estado al nivel de la opinión mundial. Ver el excelente documental disponible en castellano y inglés de Angel Palacios. Disponible en <http://www.venezuelaenvideos.com/pt01v01.htm>

10. Disponible en español sur
<http://www.leyresorte.gob.ve/index.asp>

11. <http://www.misionvenezuela.gov.ve/Constitucion/Preambulo.htm>

12. La organización Súmate está financiada por el Congreso estadounidense a través de la National Endowment for Democracy (NED). Ver el propio sitio web de la NED <http://www.ned.org>. Por otro lado, la presidenta de esta organización fue recibida, el 31 de mayo de 2005, como una jefa de Estado, en el salón oval del presidente estadounidense. Súmate juega el papel político que jugó *Outpor* en Yugoslavia o su gemelo georgiano *Kmara*.

13. www.cne.gov.ve/estadisticas/e009.pdf. Como todos los resultados que siguen.

14. http://cbparis.free.fr/spip/article.php3?id_article=12

15. <http://www.asambleanacional.gov.ve/hs2/dipdet.asp?codd=158>

16. <http://www.cne.gov.ve/estadisticas/eann13.pdf>

* "Hacerse la vista gorda".

El derecho a la información: un combate

—Michel Collon—

¿Cuánto vale nuestra información? ¿Se nos manipula mediante una propaganda de guerra cada vez que hay un conflicto? ¿Cómo descubrir esas mentiras mediáticas? ¿Quién censura y en función de qué intereses o de qué prejuicios? ¿Quién dirige los medios de comunicación? ¿Puede salir la verdad de la boca de los medios de comunicación? Como ciudadanos, ¿tenemos derecho a opinar sobre la información?

Hace once años, planteábamos todas estas preguntas en un libro titulado *¡Ojo con los medios!* Al igual que lo hacen las asociaciones de consumidores, nosotros y una decena de personas procedentes de diferentes ámbitos, realizamos un «test», antes y durante la primera guerra del Golfo, de los grandes medios de comunicación: TF1, France 2, Le Monde y sus equivalentes belgas. Una vez releído, visionado, analizado, controlado, recortado y desmenuzado todo, observamos que, desgraciadamente, en cada episodio del conflicto, en cada postura tomada y en cuanto a los verdaderos motivos nos habían engañado completamente. En el subtítulo de aquel libro, “Manual antimanipulación”, expresábamos cuál era nuestro objetivo: darle a cada uno un manual de uso para descubrir por sí mismo las mentiras

mediáticas de las guerras venideras. En cierto modo, una llamada al activismo mediático.

Desde aquel momento, nos viene casi siempre a la cabeza la misma pregunta: ¿Han cambiado los medios de comunicación desde que salió nuestro libro? Todos aquellos que lo han leído suelen responder del mismo modo: «cuando veo la televisión, me doy cuenta de que nos siguen manipulando, exactamente con los mismos procedimientos que se describen en el libro».

Desde entonces, los grandes medios de comunicación no han organizado ningún debate serio sobre las mentiras mediáticas, a excepción de algunos pocos periodistas un tanto valientes. Ciertamente es que se han pronunciado algunos discursos sobre la falsa fosa común de Timisoara (1989) o sobre la primera guerra del Golfo, pero son totalmente superficiales, e incluso perversos, ya que el mensaje dirigido al público era el que decía: «Con estos errores hemos aprendido la lección, todo eso forma parte ya del pasado». Sin embargo, vemos que no se trataba de errores y que, en realidad, cada vez que hay una guerra, vuelven a hacer lo mismo...

La postura es grave y va más allá del problema de la información. Nadie, en ningún país, quiere la guerra, pero irremediablemente siempre vuelve a estallar alguna. Lo peor de todo es que la hacen en nuestro nombre, en nombre de nuestros intereses, según parece, y todo eso no es posible más que por la manipulación de la información, mediante engaños dirigidos a la opinión pública. Ya es hora de luchar contra esa manipulación y vencerla, ya es hora de luchar por el derecho a la información.

Un fenómeno de “cortafuegos”

Pese a todo, algunos medios de comunicación suelen recalcar el hecho de haber incluido en su plantilla a «mediadores» encargados de responder a las inquietudes de los ciudadanos con respecto a la fiabilidad de la información. El único problema es que a esos mediadores los eligen, y por tanto les pagan, los mismos medios a quienes supuestamente deben controlar.

Sería lo mismo que si los deportistas se realizasen el control antidopaje ellos mismos.

Como fenómeno más sofisticado está el programa «Arrêts sur images» de la cadena France 5 que, según parece, todos los domingos al mediodía hace una evaluación crítica de los medios de comunicación, pero hay que decir que el presentador de este programa es propiamente un periodista de las altas esferas. Sí, Daniel Schneidermann es un empleado de Le Monde y, en estos momentos, de Libération, dos medios de comunicación que precisamente se encuentran en el banquillo de los acusados por serias violaciones de la deontología periodística.

Schneidermann es, verdaderamente, un periodista en connivencia con el poder, como así lo demostró el interesante documental: “En fin pris de Pierre Carles” (ver referencia). Hay que decir, también, que esa supuesta «crítica de los medios de comunicación» se negó a analizar en profundidad, de forma realmente contradictoria y seria, la cobertura de las grandes guerras llevadas a cabo en estos últimos años por las potencias occidentales.

Nosotros habíamos hecho ya la prueba cuando publicamos en el libro POKER MENTEUR un análisis minucioso de la cobertura mediática francesa e internacional durante la guerra de Yugoslavia y, sobre todo, de las mentiras mediáticas y los falsos anuncios fabricados por Bernard Kouchner sobre los supuestos campos de exterminio masivo de Bosnia. En esa época un asistente de Schneidermann se puso en contacto con nosotros para preparar una emisión de «Arrêts sur images»: una larga conversación telefónica, puesta a punto de los temas de enorme interés... y, de la noche a la mañana, sin ninguna explicación, el jefe Schneidermann cancela nuestra participación en el programa. En nuestro lugar, invitará a Bernard Kouchner para que presente su defensa, digamos mejor que para hacer propaganda siguiendo las deplorables costumbres del periodismo de connivencia («tú me pasas información y yo te ofrezco una buena imagen»).

En definitiva, el criticado pasa a antena y el criticador cae en la trampa. Imagínense la sala de un tribunal en donde no pudieran entrar ni los demandantes ni los testigos, sólo la defensa. Pues éste no es un

caso aislado, ya el programa de Schneidermann nunca presenta una crítica radical a los medios de comunicación.

¿«Arrêts sur images» (paren la imagen) o paren la crítica? En realidad el fenómeno Schneidermann es un fenómeno de «cortafuegos». Vista la pérdida de credibilidad de los grandes medios de comunicación, vista la creciente desconfianza del público, vistas las graves consecuencias financieras que todo esto puede conllevar (menos audiencia = menos ingresos publicitarios), es indispensable que se «restaure la confianza». Para ello, ofrecerán al espectador algunos debates sobre posibles errores, reales o no, pero en todo caso, bastante más secundarios que serán presentados como pequeñas meteduras de pata. Schneidermann al poner «en guardia», de este modo, a los medios de comunicación les ayudará a salvar su credibilidad. De todos modos se asegura de no ir demasiado lejos, de no entrar a analizar las mentiras mediáticas realmente importantes ni los intereses de mayor rango, y, sobre todo, nunca los intereses franceses. Criticar a las autoridades de EEUU, pero ni hablar de juzgar a las autoridades francesas ni de las guerras que llevan a cabo en África por los intereses de sus propias multinacionales.

En realidad, Schneidermann, igual que los pseudomediadores, o los pseudoobservadores de los medios de comunicación, cumple una función bien precisa: la de servir de “cortafuegos”. Quemamos un poco de hierba para impedir un incendio mayor, criticamos a los medios de comunicación en aspectos más secundarios para impedir que el propio sistema mediático sea puesto en duda.

De hecho, lo que el pueblo no llega a saber es la cuestión decisiva de los medios de comunicación: «¿Al servicio de quién están?». El paisaje mediático está cada vez más dominado, digamos monopolizado, por las grandes empresas de prensa que están en manos de millonarios que, obviamente, informan según sus intereses. Murdoch y su estrategia «sexo, sangre, escándalo»; Lagardère, el traficante de armas; Berlusconi, el aliado de los fascistas, etc. La mayoría de los periódicos franceses están en manos de dos de los proveedores principales del ejército francés, Dassault y Lagardère, éste último contro-

la también a la mayoría de los editores, incluyendo los de ¡libros de texto escolares!

Incluso, cuando los medios audiovisuales no están privatizados, lo están al menos por el dominio de los presupuestos publicitarios, es decir, por las multinacionales, o mediante las presiones de los responsables políticos que dependen, ellos mismos y de mil maneras diferentes, de las propias multinacionales. A ello hay que añadirle el fenómeno ideológico dominante que lleva a los periodistas a reproducir, consciente o inconscientemente, los «valores» de la sociedad, es decir, los de las fuerzas económicas dominantes. ¿Qué clase de información independiente podría aportarnos este sistema? Hablaremos de ello más tarde, pero, primero hagamos un balance de estos últimos años.

Las reglas de la propaganda de guerra

Tras la primera guerra del Golfo, ¿cómo han cubierto las demás guerras los medios de comunicación occidentales? ¿Se pueden establecer constantes comunes? ¿Existen reglas inevitables de la «propaganda de guerra»? Sí.

Reglas como las siguientes:

- 1. Ocultar los intereses.** Nuestros gobiernos luchan por los derechos humanos, por la paz o por cualquier otro noble ideal. Nunca se puede presentar una guerra como un conflicto de intereses económicos o sociales opuestos.
- 2. Demonizar.** Para obtener el apoyo de la opinión pública, se debe preparar cada guerra mediante una espectacular mentira mediática. Tras ello, hay que seguir demonizando al adversario repitiendo, sobre todo, imágenes atroces.
- 3. Olvidarse de la Historia.** Ocultar la historia y la geografía de la región, eso hará que los conflictos avivados o provocados por las propias grandes potencias se vuelvan incomprensibles.

4. Preparar la amnesia. Evitar cualquier recuerdo serio de las manipulaciones mediáticas precedentes, eso sólo haría que el público desconfiase.

Regla número 1. Ocultar los intereses

La regla fundamental de la propaganda de guerra es la de ocultar que esas guerras se llevan a cabo por intereses económicos muy precisos, los de las multinacionales. Ya se trate de controlar las materias primas estratégicas, las rutas del petróleo y del gas, o de abrir mercados y romper los países demasiado independientes, o de destruir países que puedan representar una alternativa al sistema, las guerras, en definitiva, son siempre por razones económicas y nunca humanitarias. Sin embargo, siempre es lo contrario lo que se le dice a la opinión pública.

La primera guerra contra Irak fue presentada como una guerra cuya meta era la de hacer que se respetase el Derecho Internacional, mientras que los verdaderos objetivos, expuestos en diversos documentos del gobierno de Estados Unidos (y no todos ellos internos), eran:

1. Echar abajo un régimen que hacía un llamamiento a la unión de los países árabes para resistirse a Israel y a EE.UU.
2. Salvar el control de todo el petróleo de Oriente Medio.
3. Instalar bases militares en la ya reticente Arabia Saudita. Es muy instructivo, e incluso divertido, volver a leer hoy las nobles declaraciones que la prensa europea realizó en la época sobre los nobles motivos de la primera guerra del Golfo. De todo eso, balance cero.

Las diversas guerras contra Yugoslavia se presentaron como guerras humanitarias, mientras que, según sus propios documentos (que cualquiera puede consultar), las potencias occidentales habían decidido echar abajo una economía demasiado independiente frente a las multinacionales y con importantes derechos sociales para los trabajadores. El verdadero objetivo era controlar las rutas estratégicas de los Balcanes (el Danubio y los oleoductos en proyecto), instalar bases

militares (someter así al fuerte ejército yugoslavo) y colonizar económicamente el país.

Actualmente, hay numerosas informaciones que confirman una colonización descarada de las multinacionales (entre las que se encuentra US Steel), el saqueo de las riquezas del país, la miseria creciente que se apodera de la población... pero todo esto se le oculta cuidadosamente a la opinión pública internacional, al igual que los sufrimientos de la población en muchos otros países recolonizados.

La invasión de Afganistán se presentó primero como una lucha antiterrorista, después como una lucha de emancipación democrática y social, mientras que, allí también, los documentos de Estados Unidos (perfectamente consultables) revelaban de qué se trataba realmente:

1. Construir un oleoducto estratégico que permitiese controlar el aprovisionamiento de todo el sur de Asia, continente, éste, decisivo para la guerra económica del siglo XXI.
2. Establecer bases militares de EE.UU. en el centro de Asia, y
3. Debilitar a todos los «rivales» posibles de ese continente e impedir que se alíen.

De la misma manera, se podría analizar cómo se nos ocultan las verdaderas intenciones económicas y estratégicas de las guerras en curso o venideras: Colombia, Congo, Cuba, Corea... En definitiva, el tabú fundamental de los medios de comunicación es la prohibición de mostrarnos que cada guerra sirve, siempre, a ciertas multinacionales, que la guerra es la consecuencia de un sistema económico que, literalmente, impone que las multinacionales dominen el mundo y lo saqueen para impedir que sus rivales lo hagan.

Regla número 2. Demonizar

Todas las grandes guerras empiezan por una gran mentira mediática que sirve para hacer bascular la opinión pública para que se ponga del lado del gobierno.

En 1965, Estados Unidos declara la guerra a Vietnam inventándose completamente un ataque vietnamita contra dos de sus navíos (incidente de la «Bahía de Tonkin»).

Contra Granada, en 1983, se inventan una amenaza terrorista (¡ya desde aquella vez!) que tendría como objetivo los Estados Unidos.

El primer ataque contra Iraq, en 1991, se «justificó» con un supuesto robo de incubadoras de un hospital de maternidad de Kuwait City. Mentira mediática fabricada por la empresa de relaciones públicas americana Hill & Knowlton.

Del mismo modo, la intervención de la OTAN en Bosnia (1995) se «justificó» con la supuesta existencia de «campos de exterminio» y de bombardeos contra civiles en Sarajevo, atribuidos a los serbios. Las investigaciones posteriores (tenidas como secretas) mostrarán que, de hecho, los autores fueron los propios aliados de la OTAN.

A principios de 1999, se «justifica» el ataque sobre Yugoslavia gracias a otro montaje: la supuesta «masacre de civiles» en Racak (Kosovo) que, en realidad, fue un combate entre dos ejércitos provocado por los separatistas del UCK, los mismos que los responsables de Estados Unidos calificaban de «terroristas» a principios de 1998 y de «combatientes de la libertad» unos meses más tarde.

¿Qué decir de la guerra en Afganistán? Más fuerte todavía por culpa de los atentados del 11 de septiembre. Sobre estos atentados no se hará ningún tipo de investigación seria. Al contrario, los halcones de la administración Bush se precipitarán para pasar al ataque. Un ataque preparado desde hacía tiempo, contra Afganistán, Iraq y algunos otros.

Todas las grandes guerras empiezan por una gran mentira mediática del mismo tipo: imágenes atroces que prueban que el enemigo es un monstruo al que hay que enfrentarse por una «causa justa». Para que esa gran mentira mediática funcione correctamente, son necesarias algunas cosas:

1. Imágenes horribles, trucadas si es necesario.
2. Repetirlas incesantemente durante días para después seguir mencionándolas de manera frecuente.
3. Monopolizar los medios de comunicación para evitar cualquier versión diferente.
4. Deshacerse de las críticas, al menos hasta que ya sea demasiado tarde.

5. Calificar de «cómplices», incluso de «revisionistas» a todos aquellos que pongan en duda esas mentiras mediáticas.

Regla número 3. Olvidarse de la Historia

En todos los grandes conflictos de los últimos años, los medios de comunicación occidentales ocultaron, a la opinión pública, los datos geográficos e históricos esenciales para comprender la situación de las regiones estratégicas concernidas.

En 1990, se nos presenta la ocupación iraquí de Kuwait (aunque no se trata aquí de justificar ni de analizar) como una «invasión extranjera». Se «olvidan» de decir que Kuwait siempre había sido una provincia de Irak, que había sido separada en 1916 por los colonialistas británicos con el objetivo de debilitar Irak y de conservar el control de la región, que ningún país árabe ha reconocido jamás esa «independencia» y, en definitiva, que Kuwait fue sólo una marioneta que permitió a Estados Unidos confiscar los ingresos del petróleo.

En 1991, en Yugoslavia, se nos presentan como «víctimas» inofensivas y demócratas a dos dirigentes extremistas, racistas y provocadores que Alemania había armado antes de la guerra: el croata Franjo Tudjman y el bosnio Alija Izetbegovic, ocultando que estaban relacionados con el pasado más siniestro de Yugoslavia: el genocidio antiserbio, antijudío y antirom de 1941-45. Se nos presenta también a la población serbia de Bosnia como invasores, cuando en realidad habían vivido allí durante siglos.

En 1993, nos cuentan que la intervención occidental en Somalia es de carácter «humanitario», ocultando cuidadosamente que las empresas americanas habían comprado el subsuelo petrolífero del país y que Washington pretendía controlar esta región estratégica del «Cuerno de África» al igual que las rutas del Océano Índico.

En 1994, nos muestran el genocidio ruandés silenciando la historia de la colonización belga y francesa, la misma que había organizado deliberadamente el racismo entre hutus y tutsis para dividirlos mejor.

En 1999, nos presentan Kosovo como una tierra invadida por los serbios. Nos hablan de un «90% de albaneses y un 10% de serbios»,

pero sin mencionar la fuerte disminución del número de serbios durante los genocidios cometidos en esa provincia durante la II Guerra Mundial y durante la administración albanesa de la provincia (en los años 80). No se menciona tampoco la existencia en Kosovo de otras minorías importantes (roms, judíos, turcos, musulmanes, gorans...). Minorías cuya «limpieza étnica» habían programado «nuestros amigos» del UCK y que realizan, hoy en día, con la bendición de la OTAN.

En 2001 se protesta contra los talibanes, régimen ciertamente indefendible, pero, ¿quién los llevó al poder?, ¿quién les protegió de las críticas de las organizaciones de los Derechos Humanos con el fin de poder construir un jugoso oleoducto transcontinental? Y, sobre todo al principio, ¿quién utilizó el terrorismo de Bin Laden para echar abajo al único gobierno progresista que había emancipado a los campesinos y a las mujeres? ¿Quién restableció, de este modo, el peor terror fanático en Afganistán? ¿Quién sino los Estados Unidos? De todo esto la opinión pública no llegará a saber nada, o sí, pero demasiado tarde.

La regla es muy sencilla: ocultar el pasado permite impedir que la gente comprenda la historia de los problemas de esas regiones, y, a la vez, permite demonizar a su gusto a uno de los protagonistas, que es siempre, casualidades de la vida, el que se resiste a los objetivos neo-colonialistas de las grandes potencias.

Regla número 4. Preparar la amnesia

Cuando una gran potencia occidental prepara o desata una guerra ¿no sería ése el momento ideal para recordar las grandes mentiras mediáticas de las guerras precedentes, de aprender a descifrar la información que nos transmiten los estados mayores tan interesados? ¿Alguna vez han hecho eso con alguna de las guerras desatadas en la década de los 90? ¡Nunca! Siempre que hay una guerra, ésta se vuelve una «guerra justa», más justa aún que las precedentes y no es el momento de sembrar la duda.

Los debates se dejarán para más tarde, o ¿para nunca? Un caso flagrante es el que sucedió hace poco, cuando uno de los mayores mentirosos fue sorprendido con las manos en la masa por una mentira

mediática. Alastair Campbell, jefe de «comunicaciones» de Tony Blair, tuvo que dimitir cuando la BBC reveló que éste había trucado la información sobre las supuestas armas de destrucción masiva. ¿Provocó eso un debate sobre los anteriores éxitos de Campbell? ¿No habría sido interesante explicar que toda la información sobre Kosovo había sido preparada por el mismo Campbell y que, por eso mismo, sería necesario hacer un balance y reevaluar la información que se había dado sobre la guerra en Yugoslavia? Nada de eso se hizo.

La imposible verdad: una cuestión de sistema. La explicación a tantas mentiras mediáticas y, sobre todo, de sus repeticiones, pese a las advertencias, no es la de que «Todos los periodistas están podridos». Muchos sufren por esta auto-censura y lo dirán, en «off», por supuesto.

La explicación es que «no son los periodistas quienes dirigen la información sino los intereses dominantes». El sistema mediático en el que vivimos es el sistema de la “imposible verdad”. La desinformación no es un accidente, pero es fundamental, ¿cómo podríamos decirle a los espectadores que hemos hecho una guerra contra ellos?

El 11 de septiembre de 2001, diez horas después de los atentados, el ministro de Defensa estadounidense Donald Rumsfeld, uno de los portavoces de las súperganancias de las multinacionales armamentísticas, decía triunfante en una conferencia de prensa que «lo que ha pasado hoy basta para convencerles de que este país necesita, urgentemente, aumentar sus gastos en Defensa y que el dinero que financie estos gastos militares debe ser descontado, si fuese necesario, de las arcas de la Seguridad Social».

¿De qué manera las multinacionales que controlan la información podrían confesar a sus «súbditos» que una guerra sirve exclusivamente para reforzar el poder de los más ricos y poderosos, y que haciéndose por la fuerza con el control de los países del tercer mundo se preparan las deslocalizaciones de mañana y el empobrecimiento de la mano de obra en todas partes del mundo, incluido aquí?

¿Nada nuevo?

Once años más tarde, nos suelen preguntar: «¿Qué diferencia hay entre la cobertura de la primera guerra del Golfo y la segunda?».

La opinión, de nuevo, ha sido globalmente manipulada, aunque con ciertas dudas en Europa. Los medios de comunicación se volvieron recurrentes con el tema de Bush sobre las «armas de destrucción masiva». Se nos presentó a Saddam como un peligro al que había que desarmar, mientras que se seguían ignorando las armas nucleares que posee Israel. La misión de los inspectores fue presentada como una «solución» mientras que esto permitía a los espías de Estados Unidos estudiar los objetivos que se iban bombardear. Se repitió incesantemente el tema de la masacre de civiles kurdos en Halabja durante la guerra Irán-Iraq, atribuyéndosela, sin más investigaciones, a Saddam, mientras que los mismos informes y declaraciones de los funcionarios de Estados Unidos al respecto lo disculpaban de este acto.

Todo esto ayudó a demonizar al adversario y a expandir el mito de una guerra que permitiría remplazar una dictadura por una democracia. ¡Como si una ocupación colonial estadounidense fuese democrática! ¡Como si Estados Unidos y Europa no ayudasen a un buen número de dictadores a alzarse con el poder en muchas otras regiones del mundo! ¡Como si Estados Unidos no acabase de intentar, en ese preciso momento, echar abajo, mediante un golpe de estado, al presidente electo de Venezuela! A pesar de todo eso, los medios de comunicación occidentales presentaron la guerra en Iraq como una «solución al problema de Saddam», aunque pudiese ser arriesgado.

Cierto es que la prensa europea no insistió tanto en algunos temas de sus colegas americanos tan delirantes e increíbles como el ántrax, la relación que existía con Ben Laden, etc., pero participó, cuando menos, objetivamente en la cruzada.

Sin embargo, si se compara la primera guerra en Iraq con la segunda, se encuentran, esta vez, tres interesantes diferencias. Tres pequeñas brechas en la uniformidad mediática. No se trata de grandes rupturas, sino de pequeñas grietas que son interesantes. ¿Cuál es el nombre de esas brechas? —Internet, Al Jazeera y lo que podríamos denominar como «desavenencias».

La primera brecha: Al Jazeera

En nuestro libro ¡OJO CON LOS MEDIOS!, en 1992, subrayábamos la aplastante dominación de las cuatro grandes agencias de prensa internacional: AP y UPI (USA), Reuters (Gran Bretaña) y AFP (Francia) lo que suponía unos 34 millones de palabras difundidas a diario contra apenas 150 mil de las grandes agencias del tercer mundo. Incluso para informar sobre el tercer mundo, los países del Sur eran completamente dependientes de los del Norte. En todas partes, la primera guerra del Golfo había tenido el rostro de CNN y de los generales de Bush padre.

La aparición de la cadena Al Jazeera cambió esta situación. Esta vez, cientos de millones de árabes y de musulmanes pudieron ver en directo que la guerra era sucia, que el ejército de EEUU tiraba contra objetivos civiles, ambulancias, hospitales, periodistas. Además, una buena parte de los telespectadores de Al Jazeera viven en Europa, lo que tendrá un impacto creciente en nuestras opiniones.

De todos modos, el monopolio ideológico de la llamada guerra «limpia» siguió adelante (no es una casualidad que el ejército de Estados Unidos haya tiroteado a periodistas de Al Jazeera en Bagdad y en Kabul).

El príncipe qatari que financia Al Jazeera no es Che Guevara y Al Jazeera no es una «tele-revolución», pero sí es un reflejo de la revuelta del mundo musulmán frente al imperialismo de Estados Unidos y de las crecientes contradicciones de las élites árabes con respecto a ese mismo imperialismo.

Todo esto hace que el monopolio mundial de Estados Unidos se tambalee.

La segunda brecha: “Desavenencias”

¿De dónde proceden las diferencias constatadas entre la cobertura europea y la americana en esta última guerra? Constatemos, primero, que no son solamente los medios de comunicación europeos los que se han alejado un poco del modelo. Un ministro alemán comparó a Bush con Hitler, París y Bruselas tomaron distancias de forma visible.

Los medios de comunicación ¿no seguían, de hecho, a sus gobiernos? ¿Por qué?

Aquí, también, la explicación la encontramos en la economía. La guerra de Bush tiene también (y ¿sobre todo?) como objetivo expulsar a Berlín y a París de Oriente Medio. Las sociedades francesas y alemanas son las socias de Iraq y también de Irán. Si Estados Unidos logra controlar todos los accesos al petróleo y al gas, se apoderará de un arma de chantaje decisiva para la supremacía mundial y, ya que su economía, a largo plazo va menguando, ésta sería posiblemente una de sus últimas armas.

Sea como fuere, estas desavenencias USA-UE han dado un poco más de espacio a todos aquellos periodistas que deseaban mostrar las realidades objetivas del imperialismo de Estados Unidos.

¿Estas «desavenencias» representan la solución al problema de la objetividad de los medios de comunicación? ¿Tenemos garantías de que las próximas guerras nos serán presentadas sin censura? Realmente no. TF1 y Le Monde siguen mostrándose poco críticos con las guerras no declaradas que lleva Francia en África. El imperialismo de Estados Unidos se ha convertido en el objetivo ideal de las críticas, justamente porque se va oponiendo, cada vez más, a las multinacionales europeas. Pero si mañana otro presidente de Estados Unidos decide volver a un estilo más colegial que el de Bush y si, por ejemplo, Shell y Esso aceptan conceder a Total una parte del pastel iraquí, veremos a un Chirac más calmado y a los medios de comunicación franceses también.

Ésta no es la hipótesis más creíble ya que el agravamiento de la crisis de las rivalidades económicas, hoy en día, no depende de la voluntad de los individuos. Pero ello muestra, en todo caso, que la alternativa no está ahí para los que buscan una información veraz sobre los problemas de la guerra y de la paz.

La tercera brecha: Internet

Pero el nuevo factor y el más importante frente a la censura es Internet, es decir, desde el buen punto de vista, la irrupción de la población en la batalla de la información.

Hace doce años, todos los grandes medios de comunicación mostraban las mismas imágenes de las grandes mentiras mediáticas: incubadoras supuestamente «robadas», marea negra falsamente atribuida a los iraquíes, supuestas «torturas» de prisioneros occidentales y los mismos expertos que se encargaban, incesantemente, de confirmar esas imágenes trucadas.

Hasta el momento, frente a ese Gran Hermano de la verdad oficial, la única respuesta a nuestro alcance fue un libro. Una respuesta desgraciadamente tardía que sólo pudo llegar a unos miles de lectores.

Sin embargo, durante la segunda guerra del Golfo, numerosos activistas de Internet pudieron aportar, mucho más rápido (incluso el mismo día), informaciones, análisis y testimonios alternativos, y aunque aún no sean suficientes para enfrentarse al sistema mediático actual, sí permiten a los militantes de la paz el poder defenderse contra las mentiras mediáticas, y a los periodistas honestos y curiosos el poder obtener otras «materias primas».

El 9 de abril de 2003, Estados Unidos organiza una puesta en escena de la «liberación de Bagdad» (el famoso derribo de la estatua de Saddam). Al haber podido seguir la situación día a día, gracias a Internet, a contactos en la propia ciudad de Bagdad y a una red internacional de corresponsales, pudimos difundir rápidamente y a todo el mundo un «test de los medios de comunicación» que refutaba la puesta en escena y anunciaba la resistencia del pueblo iraquí. Muchas personas más en todo el mundo hicieron lo mismo. La «otra verdad» circula mejor y más rápido. Los reportajes y análisis de Robert Fisk, los testimonios de médicos situados en la zona como Geert van Moorter y Colette Moulart, la refutación de las imágenes que nos mostraban y los «test de los medios de comunicación» pudieron circular por todo el mundo.

Internet ha favorecido la toma de conciencia en todo el mundo y ha ayudado a unir a decenas de millones de manifestantes antiguerra. Es un fenómeno nuevo y de gran importancia. Hoy existe la posibilidad de refutar la información oficial en pocos minutos y a muy buen precio.

En Seattle, en 1999, la protesta del movimiento antiglobalización tuvo un éxito rotundo gracias a la iniciativa de información directa de Indymedia. Retomada después por Indymédia-Belgique y por muchos otros. Los intercambios de cooperación internacional se multiplicaron. El verdadero potencial de Internet no ha sido explotado todavía como para crear una organización eficaz de la contrainformación. Pero se está trabajando en ello.

La dimensión social de la desinformación sobre la guerra

¿Por qué es tan importante que cada uno de nosotros se involucre en la batalla de la información? mientras que todo está hecho para que, ante nuestras pantallas, nos sintamos impotentes frente a la guerra, como simples espectadores de un drama lejano, en realidad, se desarrolla al mismo tiempo en nuestros países y todos debemos saberlo.

Cuando Rumsfeld se alegra de que los atentados del 11 de septiembre por fin le permitieron meter mano en las arcas de la Seguridad Social y poder aumentar así los beneficios de sus amigos traficantes de misiles, da en el clavo de la cuestión. La guerra azota también a los americanos y muy pronto a los europeos si se permite crear el costoso euroejército.

El espectáculo de la guerra fascina, hipnotiza y sirve para hacerles olvidar a los espectadores que también ellos son víctimas. Bush les roba a las familias americanas llevándose a sus miembros más jóvenes al necesitar más soldados. Una parte de ellos volverán a casa en sacos de plástico y otros traumatizados de por vida. También les quita los ingresos, ya que la guerra sirve para vaciar los bolsillos de la gente corriente y llenárselos a los accionistas. La guerra significa menos dinero para crear empleo, para mantener la seguridad, para mejorar la salud, las escuelas, etc. Y el espectáculo de CNN sirve de juego de manos, de sesión de hipnosis para impedir que la gente se pregunte a cerca del porqué de ese doble robo.

CNN y Cía. son una verdadera sesión de hipnosis, una toma de rehenes. Mantiene en vilo a la población sobre los aspectos más secundarios de la guerra, mientras que, discretamente, un carterista

del Estado les vacía los bolsillos. El sistema mediático es, de este modo, una cárcel del pensamiento, de la reflexión crítica y de la auto-defensa.

Por ello la batalla de la crítica de los medios de comunicación y del derecho a la información no es sólo una cuestión que atañe a los especialistas, sino a todos nosotros.

¿Tenemos derecho a la información?

En esta batalla (ya que la información no es un regalo sino un combate), creemos necesario desarrollar urgentemente un análisis crítico de la propaganda de guerra y de los intereses ocultos. En primer lugar, en las escuelas. La educación sobre los medios de comunicación debería formar parte del temario básico, pero no como una especie de complaciente autopublicidad de los periódicos en los colegios, sino bajo una forma realmente contradictoria y analítica.

No basta con gritar «¡Nunca más!», tras las mentiras mediáticas de cada guerra. Es necesario intentar comprender siempre las verdaderas posturas económicas y estratégicas de cada guerra. Desenmascarar a los autores que manejan los hilos. Organizarnos colectivamente lo más rápido que podamos y difundir a todos los lugares posibles los resultados de los test de los medios de comunicación que elaboremos juntos.

El derecho a la información hay que conquistarlo.

Bibliografía

- Anne Morelli, Principes de la propagande de guerre, EVO, Bruselas, 2001.
- Edward Herman & Noam Chomsky, Manufacturing Consent, Pantheon, Nueva York, 1988.
- Michel Collon, Attention, médias!, Les médiamensonges du Golfe, Manuel Anti-Manipulation, EPO Bruselas, 1992. Poker menteur, EPO, 1998. Monopoly, EPO, 2000. Test de los medios de comunicación Yugoslavia et test de los medios de comunicación Kosovo.
- Geoffrey Geuens, Tous pouvoirs confondus (Médias et capital à l'ère de la mondialisation) Kosovo et médias, débat avec Jamie Shea, portavoz de la OTAN, vídeo, Bruselas, 2000.
- Vanessa Stojilkovic & Michel Collon, *Los Condenados de Kosovo*, vídeo, Bruselas, 2002.

Este texto fue publicado en la obra colectiva Médias et Censure. Figures de l'orthodoxie (Pascal Durand éd.), Lieja, Éditions de l'Université de Liège. Coll. "Sociopolis". Traducción del francés: Marta Veiga Bautista.



Ministerio
de **Comunicación**
e **Información**



**DISTRIBUCIÓN
GRATUITA**